LA INSPIRACIÓN PICTÓRICA DE UNA FILOSOFÍA: ZULOAGA Y ORTEGA Y GASSET

José Luis Abellán
Universidad Complutense de Madrid

La llamada generación del 98 –con independencia de lo acertado o desacertado de la denominación- es uno de los momentos cumbres de la sensibilidad española, cuyo diapasón alcanza en los años finales del siglo XIX y principios del XX el mayor número de vibraciones. Junto a la conocida expresión literaria de la misma –Azorín, Baroja, Machado, Maeztu, Unamuno-, tuvo también su manifestación en la música –Albéniz, Falla, Granados- y, desde luego, en la pintura –Sorolla, Solana, Regoyos-, sin que pueda faltar, en primer término, la figura de Ignacio Zuloaga.

La generación del 98 y la "cuestión Zuloaga"

Es probable que el pintor eibarrés sea la expresión más representativa de dicha sensibilidad. Ya lo vio así en su día José María de Cossío hablando de Zuloaga: "El puede decirse que era el representante más genuino de la llamada generación del 98, pese a que su nombre con frecuencia se olvida al tratar de este grupo. Su visión de España que tantas polémicas había de despertar, aparece clara hoy como la luz, que no era sino expresión del amor más dolorido y desbordante por su patria. Toda la raíz castiza, característica del arte de esa generación, tiene en Zuloaga interprete ejemplar, y no le falta ni el carácter crítico que a tal generación se atribuye justamente; pero es que la crítica es una forma de estimación y bien elocuente, y que la censura llega a serlo del amor encarnizado"[1].

---

[1] *Arriba*, 1 de noviembre de 1945; cit. por Enrique Lafuente Ferrari, *La vida y el arte de Ignacio Zuloaga*, Editorial Planeta, Barcelona, 1972; pág. 305.

Esta adscripción de Zuloaga a la generación del 98 va a condicionar la llamada *cuestión Zuloaga*, que estuvo vigente durante las dos primeras décadas del siglo, pues en la pintura del gran eibarrés cobra relieve plástico el "problema de España" tal como lo vivió la citada generación. En fecha tan temprana como 1903, los cuadros de Zuloaga expresaron en París lo que en los primeros escritos de Azorín, de Baroja, o de Unamuno se estaba intentando plasmar: la búsqueda de una identidad, de un genio racial, que sin renunciar a lo más propio del espíritu español, volviendo la espalda a una tradición decadente y anacrónica, recuperase para nuestro país la energía y la confianza en un insobornable destino nacional. En esta tesitura, Zuloaga empieza a pintar gitanos, toreros, aldeanos, tipos de una pieza rebosantes de carácter e individualidad. Eran los mismos temas que tantos otros pintores españoles utilizaban para los cuadros que vendían en el mercado parisiense a extranjeros que veían en esas *españoladas* temas exóticos para su gusto de coleccionistas. Pero, siendo los mismos temas, los cuadros del pintor vasco eran distintos: el vigor y la energía que emanaba de ellos los convertía en otra cosa, haciendo que lo anecdótico de aquellos se convirtiese aquí en categoría. Los cuadros de Zuloaga representa en aquellos tipos a un pueblo que ni quiere ni puede cambiar; eran la expresión de un alma nacional, de un genio de la raza que lleva su destino escrito en la sangre. Por eso en los cuadros del gran pintor se ve retratado el "problema español", la tragedia de un país que ha llegado al extremo de la decadencia sin que se vean posibilidades de redención. He aquí lo que se llamó la *cuestión Zuloaga* y lo que despertó las iras de tanta gente. Se vio en sus cuadros una crítica feroz y despiadada contra lo español, una sátira inmisericorde contra nuestras esencias más castizas. Se creyó que Zuloaga era un anti-patriota y en su pintura se dijo que retrataba la vida española –como hubiera dicho Valle-Inclán- "en cuanto deformación de la civilización europea". Chulos, bailaoras, enanos, flagelantes y tipos, en suma, degenerados, eran lo más representativo de España.

En suma, se puso a Zuloaga en la fila de los extranjeros que nos despreciaban. Francisco Iribarne lo había dicho muy gráficamente: "Zuloaga ha cometido un delito como español con vender sus cuadros. Los patriotas le pueden juzgar como un relapso: Zuloaga ha pintado una España fantástica y despreciable; ha contribuido a fomentar los errores en que incurrieron, al juzgarnos y al describirnos, Dumas, Gautier, Merimée y tantos otros allende el Pirineo. Este es su único y terrible, monstruoso delito. Los que no sean otra cosa que españoles, pueden despreciarle..."[2]. Esto es lo que va a retrasar

[2] F. Iribarne, "La pintura de Zuloaga", *El País*, 18 de diciembre de 1984.

su triunfo en España; mientras Zuloaga ha triunfado en París en 1903, en Nueva York en 1909 y en Venecia en 1910, en Madrid se le regatean méritos y llega incluso a odiársele.

En mayo de 1910, Ortega y Gasset, amigo y admirador del pintor, le pide al Ministro de Instrucción Pública que organice una exposición que dé a conocer al público español esa pintura, no ya de sumo valor estético, sino profundamente didáctica. No se trata de un homenaje al pintor, sino más bien lo contrario, ya que "la función [de un ministro] no es premiar los méritos de los españoles triunfantes con la pluma o el pincel; es más bien hacer posible la cultura, fomentar en la masa anónima las preocupaciones elevadas, suscitar en el ambiente público motivos de una vitalidad superior y hacer que la trivialidad del comercio ciudadano quede rota a menudo por corrientes difusas de valores ideales. No concibo que un ministro de Instrucción Pública se quede satisfecho si a la vuelta de cada mes no le cabe la certidumbre de haber enriquecido la conciencia española con un nuevo tema cultural". No se trata sólo de estética; "en la pintura de Zuloaga rebotan los corazones y van a parar rectos al problema español; sus cuadros son como unos ejercicios espirituales que nos empujan, más que nos llevan, a un examen de conciencia nacional. Ahora bien, esto es lo más grande, lo más glorioso que puede hacer por el porvenir de su raza un artista hispano: ponerla en contacto consigo misma, sacudirla y herirla hasta despertar totalmente su sensibilidad. Dotarla de intimidad"[3]. La sugerencia no tuvo el menor eco, y a comentarla dedica Lafuente Ferrari un expresivo párrafo, dentro de la más estricta ecuanimidad: "pocas veces en España han sospechado los ministros que con la atención auténtica dedicada al arte pueda cumplirse un verdadero servicio nacional. El Estado español ha considerado siempre el arte como una cuestión de adorno, para pasar el rato, como pasatiempo, sin trascendencia, o como artículo de propaganda turística"[4].

El propio Zuloaga era consciente de esto, y tenemos una prueba de ello en la correspondencia del artista. El 21 de septiembre de 1915, su amigo Ortega y Gasset le escribe desde la revista *España*, de la que era director, invitándole a realizar en Madrid una exposición de su obra, que sirviese para elevar el nivel cultural de la atención pública, absorbida por la guerra europea, entonces polarizada por las discusiones entre aliadófilos y germanófilos.

---

[3] J. Ortega y Gasset, "¿Una exposición Zuloaga?", en *Obras completas*, Madrid, 1983; tomo I; págs. 139-141.

[4] Esta carta, de puño y letra del propio Zuloaga, se encuentra en el mismo pliego de la carta que le envía Ortega al pintor (Archivo – Museo de I. Zuloaga, Zumaya).

La contestación de Zuloaga no puede ser más elocuente; dice así: "Mi mayor placer sería el enseñarle a Vd. y a unos cuantos amigos más, algunos de mis cuadros!. Pero de ahí a hacer ahora una exposición en Madrid, en las circunstancias actuales, ¿para qué?. Si muchos enemigos tengo ya en esa; cuantos más me habría de crear!!! –y- para qué?. Elementos de sobra tiene Vd. aquí y en Cataluña con que verificar la exposición que Vd. (gran artista) sueña, pero dudo que encuentre la respuesta que se merece. De todas maneras, le doy a Vd. mis más expresivas gracias y le ruego me considere siempre como un amigo que le admira"[4].

LOS CUADROS DE ZULOAGA: TEMA DE MEDITACIÓN FILOSÓFICA

Según la vieja concepción de Platón, el filósofo es el amigo de mirar; el hombre que, abiertos los ojos en su máxima plenitud, se admira ante la realidad que le circunda. Así debió ocurrirle a Ortega ante los cuadros de su amigo pintor; en ellos ve, por lo pronto, una vertiente pedagógica, y así lo dice: "la peregrinación de los lienzos egregios con sus bárbaras figuras por las tierras castizas de donde salieron, removerá muchos nervios enmohecidos, levantará disputas, quebrará putrefactas opiniones, clarificará algunos pensamientos, y, en no pocas casas desespiritualizadas, ... se hablará de estética. Y no sólo de estética...". Los cuadros de Zuloaga nos conducen, de inmediato al grande y grave problema español; ellos nos llevan –dice el filósofo- "a una conciencia inmediata del tema español; es ésta la conciencia sentimental, la sensibilidad. Zuloaga es tan grande artista porque ha tenido el arte de sensibilizar el trágico tema español"[5].

La cuestión, de la que Ortega fue anticipador genial en la primera década del siglo, era ya evidente en 1926, cuando Zuloaga realiza su exposición en el Círculo de Bellas Artes. Francisco Alcántara, un crítico perspicaz, lo vio ya entonces muy claro; en los cuadros del pintor se refleja, según él, "la belleza extraña entre sublime y dolorosa de nuestra situación en el mundo, que vemos percibiendo gracias a cuadros como los de Zuloaga y otros despertadores de la sensibilidad y de la potencia antiguas, hasta hace poco completamente aletargados"[6]. Con la alusión a esos otros "despertadores" se está refiriendo Alcántara a los escritores de la generación del 98; ya lo había visto

---

[5] J. Ortega y Gasset, "La estética de 'El enano Gregorio el Botero'", en *Obras completas*, I, pág. 543.
[6] F. Alcántara, *El Sol*, 13 de noviembre de 1926.

también Melchor Fernández Almagro: "¿No equivalen los cielos tormentosos, los pueblos hostiles, los paisajes agrios, los tipos extraordinarios de Zuloaga a ensayos de Unamuno y novelas de Baroja?"[7]. En unos y en otro –escritores y pintor- se alumbra el destino trágico de lo nacional, descubriendo lo que en fondo de la conciencia llevamos los españoles de "díscolo, de perturbador, de pachorrudo, de estoico, de trágico". Alcántara lo ha visto claro taxativamente: "La *cuestión Zuloaga*, en fondo, es la de nuestra tragedia racial, nacional y geográfica. Somos una especie de tragediantes involuntarios que no nos habíamos podido percatar de ese nuestro papel –tan a la pata la llana e inconscientemente lo representamos-, sobre todo desde que nuestra fuerza dejó de estar a tono con nuestras idealidades y nuestras chifladuras y cayeron sobre nuestro cuerpo nacional los puntapiés, los mojicones, los salivazos y el desprecio de toda la gente europea, tan discreta y previsora que suele acomodar, con precisión, sus ideas, propósitos y ambiciones a los propios recursos"[8].

Es un hecho, en cualquier caso, y como conclusión de todo lo dicho, que la pintura de Zuloaga fue para Ortega y Gasset un tema privilegiado de meditación filosófica. Aunque hasta ahora no se haya sólido ver así, es una realidad que los cuadros de Zuloaga van a inspirar al filósofo madrileño algunos de sus planteamientos más profundos en lo que se refiere, no ya sólo al problema español, sino al destino mismo de la filosofía europea en el futuro inmediato. Sobre ello nos extenderemos en lo que resta de este ensayo.

La actitud española como sospecha ante la modernidad

Es un dato incontrovertible de la historia española que nuestro país no estuvo nunca bien avenido con la Edad Moderna. Desde los primeros momentos, cuando se ponen los fundamentos teóricos del estado-moderno sobre el principio de la "razón de Estado", España mostró una resistencia peculiar a semejante invento, como quedó patente en la proliferación de una rica y copiosa literatura anti-maquiavélica. En los siglos posteriores, cuando la cultura europea queda anegada por el racionalismo filosófico y político, la filosofía española decae y todas nuestras manifestaciones culturales se ven afectadas por un proceso de divergencia con el resto de los países centro-

[7] M. Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, pág. 64.
[8] F. Alcántara, *art. cit*.

europeos que llegará hasta nuestros días. Hay una permanente sospecha frente la modernidad en la actitud española ante el mundo.

Y esto es precisamente lo que Ortega y Gasset captó en los cuadros de Zuloaga: lo dice con estas palabras: "Es la española una raza que se ha negado a realizar en si misma aquella serie de transformaciones sociales, morales e intelectuales que llamamos Edad Moderna. La civilización ha avanzado, ha construido nuevas formas de vida, ha impuesto nuevas condiciones a la existencia, demanda nuevas virtudes y repele como vicios y flaquezas y miseria algunas que antaño lo fueron. Los pueblos que se han sometido a este cambio del medio histórico han renunciado a perseverar en su ser, han aceptado las reformas de su carácter y han comprado el bienestar, el poderío, la moralidad y el saber, a cambio de esa renuncia. Nuestro pueblo, por el contrario, ha resistido; la historia moderna de España se reduce, probablemente, a la historia de su resistencia a la cultura moderna. China o Marruecos han resistido también, se dirá. Pero la cultura moderna es genuinamente la cultura europea, y España ha sido la única raza europea que ha resistido a Europa. Este es su gesto, su genialidad, su condición, su sino"[9].

La interpretación orteguiana de los cuadros del pintor no sólo parece correcta, sino que responde a la propia ideología del artista, que se manifiesta abiertamente anti-europeista. Nos cuenta Ramiro de Maeztu que un día del verano de 1913 se encontró con el pintor en Pamplona y que en la conversación que mantuvieron éste se proclamó muy en contra de la *eurepeización* de España; lo relata así el pensador vitoriano: "Zuloaga se burla un poco de mi afán europeista. ¡Europa! Si significa refinamiento, estamos quinientos años retrasados. Pero con el refinamiento viene la decadencia. España es fuerza, pasión, raza, vitalidad. ¿Qué es Europa? ¡Cálculo, números, falta absoluta de romanticismo!". La *europeización de España* nos traería su *deshumanización*: una cultura basada en la mecánica y la estadística donde perderíamos lo mejor que tiene nuestro país: salud vital, impulso, resortes primarios y eternos"[10].

Ahora bien, el hecho cierto es que no sólo Ramiro de Maeztu, sino también Ortega y Gasset, se declara un europeista convencido; no en balde –y justamente en los años en que su admiración por Zuloaga es más entusiasta- se le consideró campeón de la *europeización de España*, papel que asumió

---

[9] Ortega y Gasset, *O.C.*, I, págs. 542-543.

[10] Ramiro de Maeztu, "Por la España abrupta. 'La conteur locale'", en *Heraldo de Madrid*, 29 de septiembre, 1913. He recogido la anécdota tal como la cuenta E. Lafuente Ferrari en el libro citado en la nota 1ª de este escrito.

explícitamente en agria polémica contra Miguel de Unamuno. Así lo reconoce en su ensayo sobre "el enano Gregorio Botero": "Sabido es que Zuloaga se ha declarado enemigo de la doctrina europeizadora que en formas y tonos diferentes defendemos algunos. Por tanto, es Zuloaga nuestro enemigo"[11]. ¿Cómo se concilia esta aparente discrepancia?. El problema es patente: la pintura de Zuloaga refleja la distancia española con respecto a la modernidad europea, mientras Ortega y Gasset se presenta como adalid de la *europeización* española. ¿Cómo se compagina esta actitud con la admiración hacia aquél?. He aquí la pregunta a la que tenemos que responder a continuación.

La filosofía orteguiana como superadora de la modernidad

He aquí justamente el punto en que la pintura del eibarrés va a servir de inspiración filosófica al pensador madrileño, pues –quizá meditando ante sus cuadros- Ortega y Gasset va a cobrar conciencia a su vez de las limitaciones de la modernidad europea. Muy temprano, prácticamente en los albores de su obra, el filósofo nos habla ya del fin de la Edad Moderna; de modo explicito lo hace en su ensayo "Nada moderno y muy siglo XX", cuya tesis se hace clara en el título mismo: el ciudadano del siglo XX, y plenamente integrado en el espíritu de la centuria, no puede ser ya un hombre moderno. Con el novecientos se ha iniciado otra cosa distinta de la modernidad, y es esa convicción lo que le llevará unos años más tarde –comienzo de los treinta- a dedicar un curso a la figura de Galileo. *En torno a Galileo*, título del libro con que luego se publicará ese curso, es el análisis de cómo se entró en la Edad Moderna –Galileo fue, con Descartes, uno de sus padres preclaros- para averiguar como podremos salir de ella. Precisamente, en esa tarea histórica –argumento de la época que nos ha tocado vivir-, España puede sin duda tener mucho que decir. La tesis de que "la Edad Moderna, malherida desde 1800, yace ahora inerte a nuestros pies"[12], cobra singular importancia, pues nos permite entender la razón por la que los pueblos mediterráneos –y entre ellos España- no han sido nunca plenamente modernos, y es que la idea de subjetividad, base de toda modernidad, no se ajusta a su sensibilidad. Precisamente "esto es lo que ha acontecido durante la llamada Edad Moderna al pueblo español. Era el moderno un tipo de vida que no le interesaba, que no le iba. Contra esto no hay manera de luchar; sólo cabe espe-

---

[11] *Loc. Cit.*, pág. 542.
[12] J. Ortega y Gasset, *O.C.*, VI, pág. 133.

rar. Pero imaginen ustedes que esa idea de la subjetividad, raíz de la modernidad, fuese superada –que otra idea más profunda y firme la invalidase total o parcialmente. Esto querría decir que comenzaba un nuevo clima –una nueva época. Y como esta nueva época significa una contradicción de la anterior, de la modernidad, los pueblos maltrechos durante el tiempo moderno tendrían grandes probabilidades de resurgir en el tiempo nuevo. España acaso despertaría otra vez plenamente a la vida y a la historia"[13].

Ahora bien, ese giro de la modernidad a otra época en que ésta ha sido superada puede ser justamente la que provoque la europeización de España. Si tal cambio se produce, ello permitirá a nuestro país ser él mismo, conservar sus raíces ancestrales, y al mismo tiempo ser europeo. A ello pretendió ayudar sin duda Ortega y Gasset con su invento de la *razón vital*. Si Europa ha sido *razón pura* en la expresión más neta de lo moderno, la *razón histórica o vital* sin duda puede ayudar a superar esto, abriéndose a nuevas perspectivas y horizontes; por eso Ortega considera su propuesta como "el precipitado histórico de trescientos años de fracaso"[14]. He aquí, en gran parte, la misión de la cultura española: abrirse a otra modernidad que no sea propiamente la europea tradicional, pero que revitalice a ésta.

A estas reflexiones le empujaron a Ortega y Gasset la contemplación de los cuadros de Zuloaga y de modo muy especial, el dedicado al enano Gregorio el Botero, en el cual se ve todo un programa de estética; de aquí que, tras el detenido análisis de su pintura, el filósofo no pueda contaener la emoción y exclame enfervorizado:

"¡Divino enano inmortal, bárbara animácula que aún no llegas a ser humano y lo crees bastante para que echemos de menos lo que te falta!. Tú representas la pervivencia de un pueblo más allá de la cultura; tú representas la voluntad de incultura. ¿Y qué hay más allá de la cultura? La naturaleza, lo espontáneo, las fuerzas elementales. Por eso, cuando el pintor ha querido enaltecer una raza cuyas virtudes específicas son la energía elemental, el ímpetu precivilizado, ha seguido la tradición viejísima del arte, que representa lo que en el hombre hay de naturaleza irreductible y de elemento, en el hombre capriforme, en el sátiro, y ha buscado tu deforme prestancia, enano sublime, sátiro español, y te ha dado como atributos dos pellejos berrendos. Ser hombre es un perenne superarse a sí mismo. Tú, sátiro botero, eres el hombre que hace alto en el camino de perfección, hinca los pies en tierra y decide perdurar desafiando la incontrastable mudanza. La tierra

---

[13] *Ibid.*, VII, pág. 369.
[14] Ortega y Gasset, *O.C.*, VI, pág. 25.

en torno, tu madre, sacude como tú el cultivo, y se vuelve áspera y cruda y cabría, como tú, haz de músculos bravos. Erial en derredor quedó el campo, y la ciudad decadente desborda su putrefacción y su ruina sobre las murallas ruinosas. Pero tú te alzas sobre la desolación que amas, sobre la tierra tonsurada, reseca, pedregosa, bajo el cielo duro, bruñido, reverberante como una piedra preciosa; te alzas membrudo, y tu cuello de novillo aguanta sereno el yugo de la fatalidad"[15].

Esto está escrito en 1911, cuando Zuloaga acaba de triunfar en Italia, y el filósofo no puede por menos de admirarse, tanto o más que de la pintura, del pintor que la realiza. Si Gregorio el Botero es el "hombre capriforme" que brota de las fuerzas telúricas de lo ibérico, su creador es el "piuforte" pintor de la raza española que ha sabido transmitir el impulso de su inagotable energía a sus creaciones. Zuloaga es también él una expresión de su resistencia a una concepción clásica del arte, y refleja mejor que nadie el anhelo de resistencia a todo lo europeo que emana de la cultura española. Meditando sobre ambos –creador y creaciones- Ortega y Gasset ha encontrado un fuerte motivo de inspiración filosófica que le llevará a algunas de los pensamientos que a lo largo de este ensayo hemos ido exponiendo. Este era el deseo de Ortega: ser europeo sin dejar de ser español. Y la hazaña de Zuloaga: ser europeo a fuerza de ser español.

---

[15] Ortega, *O.C.*, I, pág. 544.